



23 de junio de 2013

DOMINGO XII ORDINARIO "C"

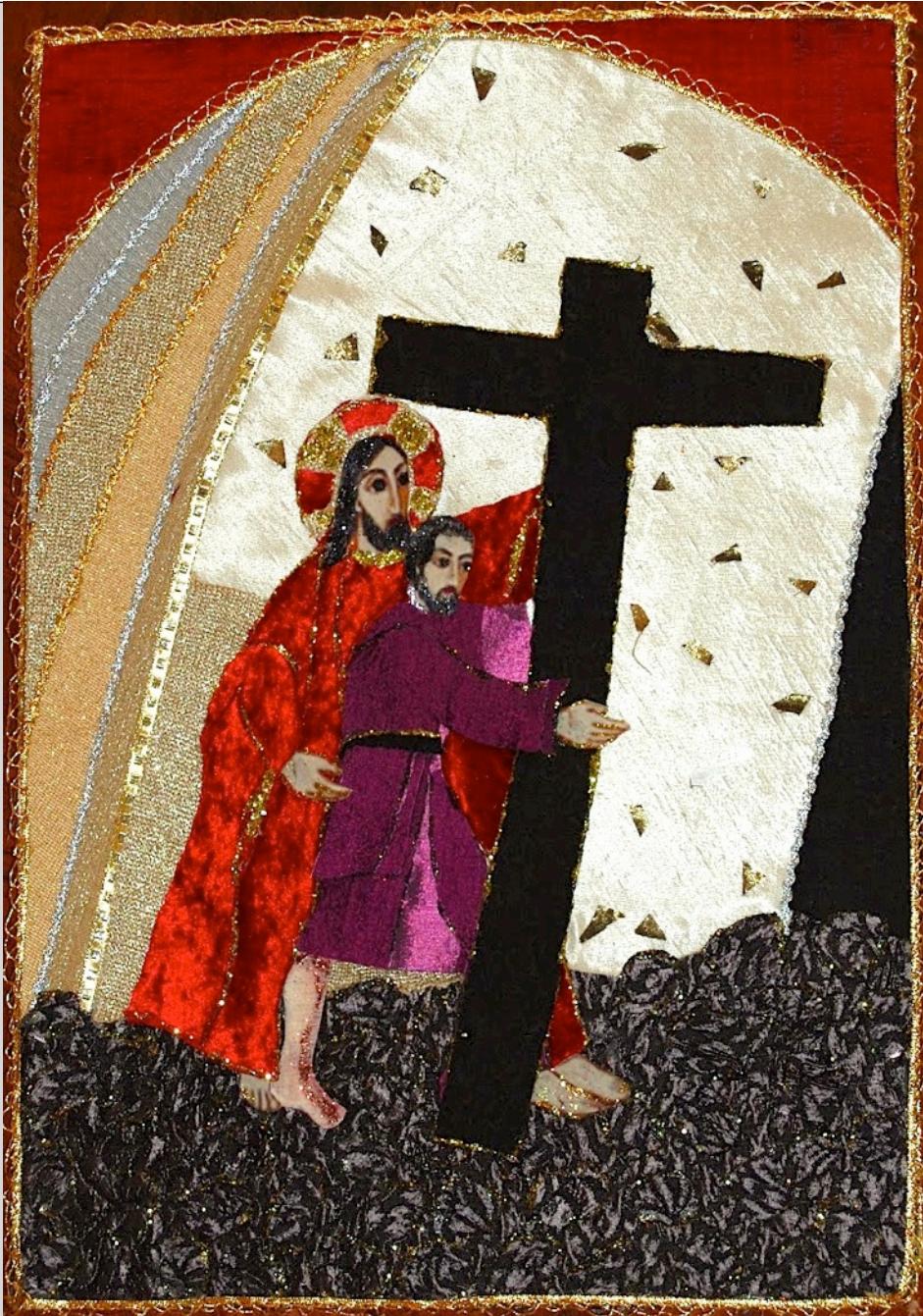
**"Seguir
a Cristo,
cargar con
su cruz"**

Za 12, 10-11:
Mirarán al que
traspasaron

Sal 62:
Mi alma está
sedienta de ti,
Señor, Dios
mío

Ga 3, 26-29:
Los que habéis
sido bautiza-
dos, os habéis
revestido de
Cristo

Lc 9,18-24:
Tú eres el Me-
sías de Dios. El
Hijo del hom-
bre tiene que
padecer mucho



Lectura del Evangelio de san Lucas

Un día Jesús se había apartado un poco para orar, pero sus discípulos estaban con él. Entonces les preguntó: «Según el parecer de la gente, ¿quién soy yo?» Ellos contestaron: «Unos dicen que eres Juan Bautista, otros que Elías, y otros que eres alguno de los profetas antiguos que ha resucitado.» Entonces les preguntó: «Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?» Pedro respondió: «Tú eres el Cristo de Dios.» Jesús les hizo esta advertencia: «No se lo digan a nadie». Y les decía: «El Hijo del

Hombre tiene que sufrir mucho y ser rechazado por las autoridades judías, por los jefes de los sacerdotes y por los maestros de la Ley. Lo condenarán a muerte, pero tres días después resucitará.»

También Jesús decía a toda la gente: «Si alguno quiere seguirme, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz de cada día y que me siga. Les digo: el que quiera salvarse a sí mismo, se perderá; y el que pierda su vida por causa mía, se salvará.

PREPARACIÓN:

- **Señal de la Cruz**
- **Invocación al Espíritu Santo:**

Ven, Espíritu Santo,
llena los corazones de tus fieles
y enciende en ellos
el fuego de tu amor.
Envía, Señor, tu Espíritu
y todo será creado.

**R/. Y renovarás la faz
de la tierra.**

Oh Dios
que iluminas los corazones de
tus fieles con la luz del Espíritu
Santo:
concédenos sentir rectamente,
según el mismo Espíritu,
para gustar siempre el bien
y gozar de su consuelo.
Por Jesucristo Nuestro Señor.

R/. Amén.

- **Ave María** (prender vela icono)
- **Gloria**
- **¡Silencio!** Dios va a hablar



1º Lectio

¿Qué dice el texto en sí mismo?

1. Lectura lenta y atenta del texto
2. Silencio
3. Releer
4. Reconstruir el texto
5. Entender el sentido del texto en sí:

Catequesis Dominical

LA PALABRA DE DIOS

«*Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*» Despues de una pregunta general («*¿quién dice la gente que soy yo?*»), Jesús encara directamente a los discípulos. Pedro así lo entiende, y responde personalmente a Jesús. También nosotros debemos dejarnos interpelar personalmente por Él, cara a cara, dejándonos mirar por Cristo y mirándole fijamente. Jesús te pregunta: «*¿Quién soy yo realmente para ti?*». No bastan respuestas aprendidas, sabidas. Es necesaria una respuesta personal.

«*El Hijo del hombre tiene que padecer...*» Tras la respuesta de Pedro, es Jesús mismo quien explica quién es Él. Sólo Él conoce su propio misterio, su verdadera identidad. Cristo en la cruz será el primogénito traspasado por la lanza, fuente de gracia y clemencia, como había anunciado el profeta **Zacarías**. Debemos dejarnos enseñar e instruir por Él. Ante Cristo somos siempre aprendices. Su misterio nos supera y nos desborda. No lo entendemos, y aun nos resistimos, sobre todo cuando se trata de la cruz...

«*El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo...*» Conocer a Jesús es seguirle. De nada sirve saber cosas sobre Él si eso no nos conduce a seguirle más de cerca por su mismo camino. El verdadero conocimiento lleva al seguimiento. Y sólo siguiéndole de cerca podemos conocerle de veras.

S. Pablo en la carta a los **Gálatas** recuerda que vivimos en el reino de la fe, al que se entra por el bautismo que borra toda diferencia. Por el bautismo hemos sido revestidos de Cristo y las virtudes teologales nos facultan a participar de su naturaleza divina, e informan y vivifican todas las virtudes humanas o morales para llevar una vida moralmente buena.

El alma sedienta de Dios (**salmo**) recibe de Dios su fuerza (virtudes).

El Evangelio nos ha señalado el itinerario de la vida cristiana: seguir a Jesucristo y llegar a vivir en Él con Dios. Para ello se nos ha infundido la virtud de la fe, como a Pedro, que nos hace capaces de confesar al Hijo de Dios; la virtud teologal de la esperanza que «*protege del desaliento... y dilata el corazón*» en el seguimiento de Cristo, esperando el encuentro con Dios; y la virtud de la caridad que nos capacita para amar como Él nos amó en la cruz.

LA FE DE LA IGLESIA

El seguimiento de Cristo (1694 – 1698)

Incorporados a Cristo por el bautismo, los cristianos están «*muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús*», participando así en la vida del Resucitado. Siguiendo a Cristo y en unión con Él, los cristianos pueden ser «*imitadores de Dios, como hijos queridos y vivir en el amor*», conformando sus pensamientos, sus palabras y sus acciones con «*los sentimientos que tuvo Cristo*» y siguiendo sus ejemplos.

Sanando las heridas del pecado, el Espíritu Santo nos renueva interiormente mediante una transformación espiritual, nos ilumina y nos fortalece para vivir como «*hijos de la luz*», «*por la bondad, la justicia y la verdad*» en todo.

El camino de Cristo «*lleva a la vida*», un camino contrario «*lleva a la perdición*». La parábola

evangélica de los dos caminos está siempre presente en la catequesis de la Iglesia. Significa la importancia de las decisiones morales para nuestra salvación. *"Hay dos caminos, el uno de la vida, el otro de la muerte; pero entre los dos, una gran diferencia".*

Las virtudes (1803 – 1845)

Al hombre herido por el pecado no le es fácil guardar el equilibrio moral. Las virtudes humanas adquiridas mediante la educación, mediante actos deliberados y la perseverancia –mantenida siempre en el esfuerzo– son purificadas y elevadas por la gracia divina, así forjan el carácter y dan soltura en la práctica gozosa del bien.

La **virtud** es una disposición habitual y firme a hacer el bien. Permite a la persona no sólo realizar actos buenos, sino dar lo mejor de sí misma. Con todas sus fuerzas sensibles y espirituales, la persona virtuosa tiende hacia el bien, lo busca y lo elige a través de acciones concretas.

Hay dos clases de virtudes: las virtudes **humanas o naturales** y las virtudes **teologales o sobrenaturales**.

Las virtudes teologales

Las virtudes teologales son **hábitos sobrenaturales**, constantes y firmes, **infundidos por Dios** en el alma de los bautizados para **disponerlos y hacerlos capaces** de vivir en relación con la Santísima Trinidad, de obrar como hijos suyos y merecer la vida eterna. Tienen como **origen, motivo y objeto, a Dios** conocido por la fe, esperado y amado por Él mismo. Son la garantía de la presencia y la **acción del Espíritu Santo en las facultades** del ser humano. Las virtudes teologales fundan, animan y **caracterizan el obrar moral** del cristiano. **Son tres:** la fe, la esperanza y la caridad. **Dan forma y vivifican** todas las virtudes morales.

La **fe** es la virtud teologal por la que creemos en Dios y creemos todo lo que Él nos ha revelado y la Iglesia nos enseña.

La **esperanza** es la virtud teologal por la que deseamos y esperamos de Dios, con una firme confianza, la vida eterna y las gracias para merecerla.

La **caridad** es la virtud teologal por la que amamos a Dios sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios.

Las virtudes humanas

Las virtudes humanas son **actitudes habituales y firmes del entendimiento y la voluntad**, adquiridas mediante el **esfuerzo humano**, que **regulan nuestros actos**, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta **según la razón y la fe**, dándonos facilidad, dominio y gozo **para hacer libremente el bien** y llevar una vida moralmente buena. Son los frutos y los gérmenes de los actos moralmente buenos. Disponen todas las potencias de ser humano para armonizarse con el amor divino. Se **arraigan en las virtudes teologales** que adaptan las facultades del hombre a la participación de la naturaleza divina. **Cuatro** virtudes desempeñan un papel fundamental. Por eso se las llama "**cardinales**"; todas las demás se agrupan en torno a ellas. Éstas son la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza.

La **prudencia** es la virtud que nos dispone para discernir el verdadero bien y para elegir los medios rectos para realizarlo.

La **justicia** es la constante y firme voluntad de dar a Dios y al prójimo lo que les es debido.

La **fortaleza** es la virtud que asegura la firmeza ante las dificultades y la constancia en la búsqueda del bien.

La **templanza** es la virtud que modera la atracción de los placeres y procura la moderación en el uso de los bienes creados.

Dones y frutos del Espíritu Santo

Los **dones** del Espíritu Santo son disposiciones permanentes que hacen al hombre **dócil para obedecer con prontitud** las inspiraciones divinas. Los dones **completan** y llevan a su **perfección** las virtudes de quienes los reciben. Son **siete**: sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios.

Los **frutos** del Espíritu son **perfecciones** que forma en nosotros el Espíritu Santo como **principias de la gloria** eterna. La tradición de la Iglesia enumera **doce**: amor, alegría, paz, paciencia, longanitud, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia y castidad.

LOS TESTIGOS DE LA FE**San Gregorio de Nisa**

«El objetivo de una vida virtuosa consiste en llegar a ser semejante a Dios».

San Agustín

«La culminación de todas nuestras obras es el amor; este es el fin; para conseguirlo, corremos; una vez llegados, en él reposamos».

Compartir en Cristo**Contemplación, vivencia, misión:**

Hay que captar el mensaje de Jesús, escuchando los latidos de su Corazón abierto en la cruz, presente en la Eucaristía, fuente de agua viva, que es la vida nueva en el Espíritu Santo, para “revestirse” de Cristo. La pregunta de Jesús (“¿qué dicen... qué decís?”) es un examen de amor en cada época de la historia. Se trata de “seguirle”, es decir, de compartir su misma vida, sin anteponer nuestras preferencias a las suyas. La “cruz” no tiene sentido, si no es como expresión de un amor de totalidad, que se concreta en solidaridad con los que sufren, para ser “uno en Cristo Jesús”.

En el día a día:

Jesús no nos pide ir “delante” de él, sino “seguirle”, imitarle, vivir en sintonía con él, no poder prescindir de él ni dudar de su amor. Entonces las “pruebas” son una nueva posibilidad de darse como él y en él, para construir la historia amando.

evangeliodeldia.org

**“Que coja su cruz cada día
y me siga”**

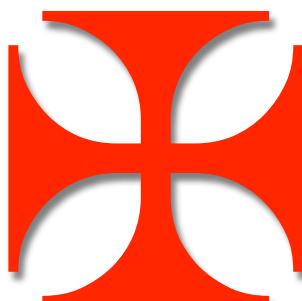
El peso de la cruz, que Cristo ha cargado, es la corrupción de la naturaleza humana con todas sus consecuencias de pecado y sufrimiento, con las cuales la castigada humanidad está abatida. Sustraer del mundo esa carga, ése es el sentido del *vía crucis*. No se trata, pues, de un recuerdo simplemente piadoso de los sufrimientos del Señor cuando alguien desea el sufrimiento. La expiación vo-

luntaria es lo que nos une más profundamente y de un modo real y auténtico con el Señor. Y ésa nace de una unión ya existente con Cristo. Pues la naturaleza humana huye del sufrimiento... Sólo puede aspirar a la expiación quien tiene abiertos los ojos del espíritu al sentido sobrenatural de los acontecimientos del mundo; esto resulta posible sólo en los hombres en los que habita el Espíritu de Cristo...

Ayudar a Cristo a llevar la cruz proporciona una alegría fuerte y pura... De ahí que la preferencia por el camino de la cruz no signifique ninguna repugnancia ante el hecho de que el Viernes Santo ya haya pasado y la obra de redención haya sido consumada. Solamente los redimidos, los hijos de la gracia, pueden ser portadores de la cruz de Cristo. El sufrimiento humano recibe fuerza expiatoria sólo si está unido al sufrimiento de la cabeza divina.

Sufrir y ser felices en el sufrimiento, estar en la tierra, recorrer los sucios y ásperos caminos de esta tierra, y con todo reinar con Cristo a la derecha del Padre; reír y llorar con los hijos de este mundo, y con los coros de los ángeles cantar ininterrumpidamente alabanzas a Dios: ésta es la vida del cristiano hasta el día en que rompa el alba de la eternidad.

Santa Teresa Benedicta de la Cruz [Édith Stein (1891-1942), carmelita, mártir, copatrona de Europa. “El amor a la Cruz” meditación del 24/11/1934]

6. Frase o palabra clave

2º Meditatio

¿Qué me dice el texto a mí?

1. Meditación en silencio (música)
2. Compartir en voz alta

3º Oratio

¿Qué le digo yo al Señor como respuesta a su Palabra?

1. Oración espontánea en voz alta (alabanza, intercesión, petición, acción de gracias...)
2. Rezo de algún salmo, cántico, preces, oración escrita...

Dame, Señor, la firme voluntad,
compañera y sostén de la virtud;
la que sabe en el golfo hallar quietud
y, en medio de las sombras, claridad;

la que trueca en tesón la veleidad,
y el ocio en perennal solicitud,
y las ásperas fiebres en salud,
y los torpes engaños en verdad.

Y así conseguirá mi corazón
que los favores que a tu amor debí
le ofrezcan algún fruto en galardón.

Y aún tú, Señor, conseguirás así
que no llegue a romper mi confusión
la imagen tuya que pusiste en mí.

Amén..



4º Contemplatio

¿Qué te ha hecho descubrir Dios?

1. ¿Con qué te ha sorprendido Dios?
Disfrútalo, saboréalo.
2. ¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida te pide el Señor?
3. Resonancia o eco:
repite la frase que más te haya llegado.

5º Actio

¿Qué te mueve Dios a hacer?

1. Pide luz a Dios
2. Trata de fijar un compromiso concreto
3. Revisión compromiso semana anterior

CONCLUSIÓN:

- Oración final

Padre bueno,
tú que eres la fuente del amor,
te agradezco el don que me has hecho:
Jesús, palabra viva
y alimento de mi vida espiritual.
Haz que lleve a la práctica la Palabra
que he leído y acogido en mi interior,
de forma que sepa contrastarla con mi vida.
Concédemelo transformarla en lo cotidiano
para que pueda hallar mi felicidad
en practicarla y ser, entre los que vivo,
un signo vivo y testimonio auténtico
de tu Evangelio de salvación.

Te lo pido por Cristo, tu Hijo, nuestro Señor.
Amén.

Padre nuestro...

- Texto próxima semana
- Encargados de preparar
- Avisos
- Canto